

Tres viajes, tres miradas

Comentario del film *Historias mínimas*, de Carlos Sorín

Juan Jorge Michel Fariña, Daniel Zimmerman

Pinta tu aldea y serás universal. Nunca tan justa la frase de Chejov para sintetizar el excelente film de Carlos Sorín *Historias mínimas*. Con el recurso elemental de tres relatos que se entrecruzan en las rutas patagónicas, el director va tejiendo una trama profunda y conmovedora. Una chica pueblerina que viaja a la ciudad para participar en un concurso televisivo, un viajante de comercio que arrastra una antigua frustración, un viejo que busca recuperar un perro perdido tiempo atrás. Nada más. Y nada menos, porque de esa aparente trivialidad emerge, con absoluta naturalidad, una historia mayor del cine argentino.

El espectador asiste al desarrollo pausado de hechos mínimos, a través de los cuales se va dibujando un punto ciego en cada uno de los personajes. Y recién cuando la película llegue a su clímax emotivo, sabremos qué es lo que los une. En ese instante de compartida soledad, cada cual deberá tomar, por separado, una decisión crucial para sus vidas.

Don Justo pasa sus días sentado a la puerta del almacén de Ramos Generales entreteniéndose con sus morisquetas a los niños de Fitz Roy. Tres años atrás, manejando en la ruta, el sol lo encandiló y atropelló a un perro. Se acobardó y lo dejó en el camino. Su propio perro "Malacara", que viajaba con él, no se lo perdonó. "Malacara me miró", recuerda Don Justo, "y esa misma noche me abandonó". Han pasado tres años desde entonces. Un vecino le comenta que ha visto a "Malacara" en San Julián, a 300 km de Fitz Roy. Don Justo decide entonces lo que para sus familiares no es más que una loca idea, propia de su edad avanzada. Saldrá a la ruta solo, calzado en sus zapatillas holandesas, al encuentro de ese perrito que, aunque de aspecto insignificante, alberga lo más íntimo, lo más esencial de su dueño. Cuando Don Justo sale esa madrugada en busca del Malacara, nada hace imaginar el porvenir. *Los animales, ¿entienden?*, preguntará a una desconcertada bióloga, ocasional compañera de viaje. Y cada nueva interrogación irá organizando las piezas hasta llevarnos mansamente a la confesión final. No la del accidente, sino la otra: *ese perro es el único que me conoce*. Por eso cuando el correntino lo lleve donde el Malacara, lo hará con una frase tan desconcertante como implacable: a ver si le perdona el perro. Y efectivamente, en una

escena para la antología de los reencuentros cinematográficos, el perrito, con su mirada, le exigirá decidir si está dispuesto a morir con las *trekking* puestas.

Roberto es viajante de comercio. Lleva recorridos miles de kilómetros a bordo de su Renault 12. En San Julián vive la dama de sus pensamientos. Es viuda y tiene un hijo. ¿O una hija? La torta que encargó con forma de pelota es preciosa, pero ¿no sería mejor un diseño unisex para apostar a lo seguro? Los caminos que Roberto transita diariamente pertenecen al laberinto de su deseo. Encerrado en la duda, para esquivar la angustia se refugia en la imposibilidad. Deberá hacer algo con su obsesividad y sus celos paranoides, que ya le habían costado un fracaso sentimental. En la soledad de la habitación del hotel, una tortuguita de mazapán lo mira, apremiándolo a ponerse en concordancia con lo que desea.

Una joven debe viajar a San Julián para concursar en un programa de televisión por el premio mayor: una multiprocesadora. Para qué puede servirle si en su casa no tiene electricidad, argumenta una competidora buscando convencerla de que acepte a cambio un set de maquillaje. Imprevistamente, la joven deberá elegir entre la sofisticación y la secreta intimidad de su condición femenina, largamente postergada. En la escena final, a bordo del ómnibus que la lleva de vuelta a casa, la joven se entretiene con su flamante adquisición. Despliega el contenido de la caja de cosméticos (que también tiene ¿casualmente? forma de tortuga) y se mira al espejo. Un espejo que se hace cuadro, no sólo para el personaje sino también para el espectador. Así, entonces, la película nos mira, incitándonos a no permanecer indiferentes.